



D. Guillermo Espínola Bulnes

Testimonio del pasado

“Estalla un conflicto gremial en la Boca que deriva en varias cargas policiales contra los huelguistas. Los boquenses resolvieron por asamblea «que el gobierno argentino no puede mezclarse en asuntos genoveses». Izan la bandera de Génova y firman un acta por la que informan al rey de Italia que acaban de constituir la República Independiente de La Boca. Enterado el general Roca, se dirige personalmente al cuartel de los revoltosos, quita la bandera y los increpa. Al día siguiente los genoveses disidentes bautizan «Julio A. Roca» una calle de la Boca. En ese Buenos Aires de 1882, con hechos que ya parecen leyenda, nace don Guillermo Emiliano Espinola Bulnes, hijo de un abogado que trabajaba con Victorino de la Plaza y «vivía en la calle Perú porque los Tribunales estaban en Bolívar y Victoria». Cuando «don Guillermo» ingresó en 1891 al colegio del Salvador, no soñaba que al cumplirse el centenario de su colegio lo entrevistaríamos como al exalumno más

antiguo. «Su padre entraba al colegio como a su casa y los jesuitas entraban a su casa como al colegio». Todos sus hermanos (5 varones) fueron al Salvador, por eso se mudaron a Callao 346, entre Corrientes y Sarmiento, para estar cerca, había alumnos que venían desde Liniers con sus coches a caballo. Todos los días a las siete en punto su padre transponía la puerta de la «capilla externa» del Colegio (había una interna para los alumnos), comulgaba y luego salía para su trabajo.

“La vida en el colegio era espléndida, las clases comenzaban a las 9, a mediodía se almorzaba, seguía un recreo largo, luego nuevamente a clase y después a casa. Yo estaba medio pupilo, se almorzaba bien, nadie podía quejarse de la comida: dos o tres platos. En mi época no había prácticamente castigos ni penitencias, todo era correcto, había ojos que miraban claro y bien lejos. A lo sumo nos dejaban sin jugar. Los chicos de entonces éramos pacíficos, no como los de ahora, en el Co-

legio reinaba la mayor armonía y disciplina. Había cuatro patios divididos por paredes muy altas que usábamos de frontones. Los jesuitas eran buenos jugadores de pelota, jugábamos con la mano y utilizando una pelota muy dura de cuero retobado. La maldad no existía en esa época, la vida era totalmente diferente, mi padre jamás me castigaba, antes todo era tranquilidad, hoy todo es barullo.”

“En mi época de estudiante, los chicos no conocían el dinero, no se vivía como ahora, no se pensaba en la plata, hoy todo el mundo no hace otra cosa que pensar en el dinero.”

Los 86 años de don Guillermo Emiliano Espinola Bulnes, han llegado a crearle una imagen del pasado llena de añoranza y nostalgia. Todo era distinto, pero también en su año de ingreso al Salvador León XIII hacía conocer la «Rerum Novarum» y nuestro país se debatía en una de las peores crisis económicas, el mismo Victorino de la Plaza viaja a Londres para contener los acreedores y ese ferrocarril que don Guillermo recuerda “pasaba por la esquina del Colegio, venía de Retiro por Lavalle, Rauch, Corrientes hasta el Once” debe pasar inexorablemente a manos de los británicos. “Callao era de tierra y pasaba el tranvía tirado a caballo, había baldíos, después las quintas, la ciudad era muy chica. Los sábados por la tarde o los domingos aprovechando que no teníamos clase salía a caminar, recorría toda la ciudad, llegaba hasta Palermo por Alvear o Santa Fe, de regreso me sentaba a descansar en los jardines de la Recoleta. Cuando llovía, llegábamos al Colegio como se podía, chapaleando barro, en las esquinas unas piedras puestas sobre la tierra servían de sendero, pero pronto las tapaba el agua.”

“La única forma de moverse era a pie, con coche a caballo o en tranvía.” En aquella época no se conocía el automóvil, Dalmiro Varela Castex (1892) consigue conmover la ciudad importando un coche “Benz”, con propulsión a caldera.

“Tengo en mi recuerdo a todos mis compañeros y a todos los jesuitas de entonces, sólo que no puedo retener los nombres, los llevo en mi corazón. El padre Camilo Jordán fue un hombre sobre-

saliente, más que un profesor, nunca me olvidaré de él, contaba con su predilección... El padre Juan Isern, me casó, bautizó a mis hijos (7), fue mi profesor y amigo de mi padre...” “Una de mis hijas es religiosa, madre provincial en el colegio de las Esclavas en esta Capital...”

En 1896, don Guillermo abandona el Colegio. El país comenzaba a resurgir, ya se hablaba de la Argentina como del «Granero del mundo». Surgía también el socialismo, Alem se pega un tiro, Castex introduce el cuarto auto al país, el primero accionado a explosión, el problema de límites con Chile recrudece y es sometido al arbitraje inglés, Rubén Darío es el poeta modernista y junto con la aparición de las monedas de 5, 10 y 20 centavos don Guillermo ingresa a trabajar en el Banco de Londres. Todos los días se lo ve llegar con puntualidad a Bartolomé Mitre y Reconquista, resulta un colaborador eficaz e intachable, hasta que hace 36 años pidió su jubilación.

Lleva 53 años de casado, tres nietos, “mi día transcurre muy tranquilamente, me levanto a las diez u once de la mañana, leo o mejor dicho ojeo el diario «La Prensa», porque ahora los diarios no son como los de antes. Como abundantemente, luego me retiro a una habitación en lo alto de la casa, allí guardo toda la biblioteca de mi padre, recuerdos míos de la época de estudiante, libros, medallas, diplomas... y me paso el día con mis recuerdos. A veces veo un poco de televisión y me acuesto cerca de las 9 de la noche”.

“Hace poco me he enterado que en el Salvador existe una Universidad. Los jesuitas no se equivocan cuando dan un paso adelante, son hombres demasiado capacitados, demasiado preparados, abarcan todo lo imaginable. También he visto que hay muchas mujeres que estudian en el Colegio, es decir, en la Universidad, los tiempos han cambiado... si los jesuitas están de acuerdo a mí me parece muy bien, los tiempos han cambiado..., ya no es como antes...”

Eduardo A. Duval